

Camino de Santiago convertido, en plena Edad Media, en imán catalizador de la repoblación efectuada por importantes contingentes ultrapirenaicos, los denominados francos, gentes de muy diversa procedencia, condición y oficio: peregrinos y trotamundos, nobles y clérigos, mercaderes y artesanos que, desde finales del siglo XI y durante siglos, se asentaron y cruzaron el Camino y los caminos por los cuales se iniciaba la europeización de España y la ruptura de su aislamiento. Tránsito de hombres e ideas, cultos y actividades que dinamizaron aceleradamente las estructuras demográficas y socio-económicas del norte peninsular, en abierto contraste con las otras tierras fronterizas al Islam.

En definitiva, el Itinerario que visualizamos guiados por Passini homogeneizó la morfología física de sus poblaciones, vertebradas en torno a la calle-ruta que las define tipológicamente como "ciudades del Camino". Esmerada edición del MOPT, magistralmente ilustrada y completada por el autor con una exhaustiva bibliografía y unos valiosos índices toponímicos y onomásticos que convierten su trabajo en una referencia ineludible de especialistas y público en general.

MARÍA MARTÍNEZ MARTÍNEZ

COMELLAS, JOSÉ LUIS, *Historia breve de España contemporánea*, Madrid, Rialp, 1989 (342 págs.).

El destacado catedrático de la Universidad de Sevilla y autor de numerosas obras dedicadas a España moderna y contemporánea intenta y logra una apretada síntesis sobre los dos últimos siglos de la historia de su patria.

La sola lectura del estudio introductorio anticipa la calidad del texto que nos ocupa y aporta una visión de conjunto excelente, que es el resultado de múltiples lecturas y reflexiones sobre la España actual, esa España que según Comellas refleja el arduo problema de la convivencia entre españoles, tras el agotamiento de las energías en Europa y los desgarros que implicaron las luchas internas, en ese doloroso pasaje del Antiguo al Nuevo Régimen.

Con referencia al "Ancien Regime" el autor resalta la "autoridad monárquica" -ni despótica ni tiránica- en un Estado relativamente débil, donde

la nobleza de servicios se convierte en privilegiada y donde fueros y costumbres confrontan con la búsqueda de igualdad jurídica.

Comellas, para su exposición, distingue seis generaciones, aclarando que éstas no deben entenderse en sentido biológico.

*La primera (1808-1833)* comienza con la revolución liberal (la tercera en el tiempo) que, al margen de la defectuosa administración de Godoy, tiene sus desencadenantes en la revolución francesa y en la crisis de poder de 1808 (que el autor considera la verdadera causa). Una especial atención merece la cuestión de los "afrancesados" que -según el autor- creían que los españoles "querían reformas profundas".

La guerra de la independencia significó -cual gesta heroica- "la última intervención de gran envergadura de España en la historia universal" (p. 36) y la guerrilla -ese invento español- intentó detener la "gran catástrofe bélica" que tuvo como consecuencia una nación "increíblemente victoriosa, pero totalmente destrozada" (p. 41).

Sobre las Cortes de Cádiz, Comellas señala que fueron un grupo minoritario e inteligente, exageradamente reglamentarista (promulgó 409 decretos) y "representaban la plena entrada de España en el Nuevo Régimen. Otra cosa distinta -agrega- es que la mayoría de los españoles de entonces estuviesen dispuestos a aceptar tales novedades" (p. 47).

Especial atención dedica el autor al proceso de emancipación americana ("revolución burguesa") que implicó la entrada del Nuevo Régimen en América a la vez que dejó a España sin política exterior, comenzando su trágico aislamiento. Por otra parte produjo la crisis económica del desgaste de las guerras y la imposibilidad de recuperación por la pérdida del continente... la ruina del Estado.

El reinado de Fernando VII -"uno de los reyes más discutidos" (p. 56)- tampoco está ausente del análisis de Comellas, quien avanza entre el golpe del 20 ("marchemos todos y yo el primero por la senda constitucional") hasta la "contrarrevolución realista" y los "cien mil hijos de San Luis", reflexionando que los españoles "habían rechazado a los franceses (1808) porque venían aliados con la Revolución, y los recibían con júbilo en 1823 porque representaban el legitimismo monárquico" (p. 67).

El período 1823-33 conserva su ya fija denominación de la "ominosa

década", aun en toda la complejidad que el autor destaca, para concluir que un cierto adelanto económico quedó interrumpido por la guerra civil (1833).

La *segunda generación* (1833-68) corresponde a la ya llamada Era Isabelina, que implicó el triunfo del liberalismo económico, la conformación de las clases sociales y los comienzos -abortados- de la revolución industrial en un país eminentemente agrícola y con escasez de capitales.

Ya Fernando VII había anticipado que "España es una botella de cerveza y yo el tapón. El día en que éste salte, todo se derramará" (cit. p. 77) y en este caso no se equivocó pues su muerte produjo las guerras carlistas y la victoria de Isabel II, que, con un ejército depurado, se volcó a favor de la burguesía liberal. Favoreció una política a ultranza (constitución de 1837) que implicó la reforma de las propiedades eclesiásticas y las discutidas desamortizaciones. La revolución de Espartero (1840) aseguró el poder a Isabel -de quien Comellas afirma "mujer simpática, espontánea, poco culta, resultaba una mezcla curiosa de majeza y ordinariez" (p. 106)- y la revolución del 48 selló el acuerdo de intelectuales, negociantes y militares en torno a la Unión Liberal y una política moderada. El resultado -como bien señala el autor- fue una era romántica -una pequeña "belle époque"- que aportaba a la vida de la época un sabor de estampa vieja.

El envejecimiento y agotamiento de los moderados preparó el camino a la *tercera generación* (1868-98) -de la Revolución y Restauración- engendrada por "hombres nuevos" con mentalidades nuevas (no románticas). La complejidad de este período positivista queda insinuada en los párrafos de Comellas cuando afirma "Los seis años y tres meses que transcurren entre setiembre de 1868 y diciembre de 1874 encierran una mescolanza y variedad de acontecimientos como no es fácil encontrar en otros períodos similares de la historia de España. Entre estos acontecimientos tenemos una revolución, un destronamiento, un régimen provisional, una regencia, una monarquía democrática, una abdicación, una república unitaria, una república federal, dos guerras civiles a un tiempo, una insurrección en ultramar, un nuevo golpe de estado, un nuevo régimen provisional y finalmente la restauración de la monarquía derribada en un principio" (p. 152). El surgimiento de la "partidocracia" (treinta y dos partidos), los comienzos del anarquismo, la insurrección cantonal revelan la complejidad de una Restauración que prefiere el "fraude patriótico" y la verdadera "belle époque" sin preocuparle que "en vez de ser los electores los que determinen quién ha de ocupar el gobierno, son los gobiernos quienes determinan quién ha de ganar las elecciones" (p. 178). En este aspecto, la deserción de los intelectuales, el asesinato de Cánovas del

Castillo, la aparición del socialismo y la cuestión de Cuba fueron sólo anticipos de "la sacudida del 98 que -según Comellas- fue de las más tremendas de la historia de España contemporánea. De golpe y porrazo, se venía abajo la época festiva de la Restauración" (p. 196).

La *cuarta generación (1898-1939)* se distinguió por los movimientos regeneracionistas, la "resistencia" de la Restauración llegó hasta 1923 o 1931 pero era evidente la búsqueda de una "España nueva". El caciquismo, las autonomías y el problema agrario se entremezclan con el proyecto de Antonio Maura ("la revolución desde arriba") y la política anti-eclesiástica de su sucesor Canalejas, asesinado en 1912. El languidecimiento del maurismo y los "años amargos" (1917-23) explican la dictadura de Primo de Rivera, quien creía que el fallo era de los hombres y no del sistema y por ende la solución estaba en "un puñado de hombres honrados" y "unas cuantas medidas bien tomadas". Los tres meses que necesitaba se convirtieron en varios años, la eficacia le dio prestigio pese al abandono de la intelectualidad española que le dio la espalda, pero el fin de la prosperidad económica condujo a su caída. La monarquía pudo subsistir sólo quince meses, pues como afirma el autor "la dictadura mató lo poco que quedaba del régimen de la Restauración y no acertó a crear un régimen nuevo" (p. 251) y en las elecciones de abril de 1931 "la monarquía se hundió, no la derribó nadie. Lo único que hicimos los republicanos fue colocar en su lugar, ya vacío, la República" (p. 254).

La época constituyente subsiguiente (1931-33), también conocida como "bienio de las izquierdas", está llena de nombres conocidos por todos nosotros, como Alcalá Zamora, Lerroux, Martínez Barrios, Azaña, Prieto y Largo Caballero, y bien señala Comellas que una vez "derrotada" la monarquía, "la luna de miel republicana quedó rota antes de que se cumpliera un mes de la proclamación del nuevo régimen" (p. 262). Es igualmente conocida la labor de Azaña destinada a terminar con los "obstáculos tradicionales" (nobleza, ejército, iglesia) que llevó al pronunciamiento de Sanjurjo en agosto de 1932. Temas conocidos como la fundación de la Confederación Española de Derechas (CEDA) por Gil Robles y el triunfo electoral de derechas que lleva al poder a Lerroux motivan las reflexiones sensatas del autor cuando afirma "pero la izquierda estaba mal acostumbrada (quizá porque se identificaba ella misma con la República), y no podía tolerar la subida al poder siquiera fuese una escasa representación de sus contrarios. A los pocos días estalló la revolución de octubre" (p. 270) en Cataluña y Asturias. En opinión del autor éste fue el primer acto de la guerra civil. Poco tiempo más tarde comienza el dualismo entre el gobierno y la calle que, tras el acrecentamiento del anticlericalismo, el asesinato de Calvo Sotelo y la acción de la Falange para

ganar las calles, explota en la guerra civil. Sobre la misma opina Comellas "no hay inconveniente en reconocer que fue aquélla una guerra entre las famosas 'dos Españas' de que tanto se venía hablando. Y no, aclarámoslo, entre la España oficial y la España vital puestas de relieve por Costa u Ortega; sino entre la España tradicional y la España antitradicional, por llamarla de alguna manera" (p. 279) y agrega "Sería muy impreciso hablar de un bando democrático y de otro antidemocrático, porque, por mucho que haya pretendido la propaganda ulterior, la gran mayoría de los contendientes que se enzarzaron en la lucha no deseaban un sistema parlamentario, por lo menos un sistema como el vigente durante la Segunda República; la aceptación por parte de los vencidos en cada caso del resultado de las elecciones había sido cada vez menor, y al fin ambos bandos prefirieron la lucha a las elecciones. También se hace preciso deshacer el tópico de que se trató de una guerra entre un ejército y un pueblo. Fue una guerra entre dos ejércitos, porque las fuerzas armadas españolas se dividieron en dos partes casi iguales" (p. 279).

A manera de conclusión del tema el autor subraya que "si la victoria sonrió al fin a los nacionales, no fue por su superioridad, si no por su mayor cohesión interna, por su disciplina, y por haber seguido tácticas más realistas" (p. 282), concluyendo que "la contienda de 1936-39 ha sido una de las mayores catástrofes de la historia de España contemporánea" (p. 293) que devolvió al país al nivel económico de 1910 y "los dejó sin el menor deseo de volver a enfrentarse" (p. 293).

La *quinta generación (1936/9-1975)* corresponde a la época de Franco y el autor no vacila en emitir juicios y opiniones sobre este complejo y aún dolorosamente cercano período, señalando los riesgos del estudio por su falta de perspectiva.

Respecto a Franco, expresa que "su estampa es la más contraria a la de un dictador que pueda imaginarse" (p. 296) y que éste -el general más joven del mundo en su tiempo- se sumó al movimiento a última hora aclarando que "La España de enfrente no es un país enemigo, es mi patria. Y de nada me serviría reconquistar el último territorio sin reconquistar al mismo tiempo la última alma" (p. 297).

Comellas reconoce que Franco no era un político y que sus ideas eran pocas, pero muy claras: "autoridad, religiosidad, sentido familiar y tradicional, y oposición radical a los partidos políticos, a los que consideraba causantes de la decadencia de España" (p. 297).

El gobierno de Franco, más totalitario en los símbolos que en las realidades según el autor, se basó en el Ejército, Iglesia y Falange como las tres columnas del poder, aunque el ejército no gobernaba sino que únicamente garantizaba, la Falange fue "desfalangizada" y la Iglesia debió apoyarle por la situación previa de persecuciones.

Comellas asimismo observa que el régimen no se mantuvo incólume, sino que tuvo una lenta evolución pasando por etapas sucesivas (dictadura parafascista, corporativismo católico y dictadura del desarrollo) que no impidieron una profunda transformación social y la reconstrucción de una España destruída por la guerra civil hasta convertirla en novena potencia mundial, colocando las bases de su industrialización. Por las páginas del libro desfilan el sistema autoritario de post-guerra (con Serrano Suñer como "cuñadísimo"), el ensayo demócrata cristiano (de Artajo) y la era de los tecnócratas (el desarrollismo de López Rodó) que permitió el "milagro español" y una nueva clase media ("los nuevos ricos").

La apertura del propio régimen, a medida que Franco envejecía ("el franquismo morirá con Franco"), favoreció el ascenso de los "monárquicos" y la apertura que lleva a cabo la *sexta generación*. Esta -la actual- conforma la monarquía parlamentaria y como aún está transcurriendo resulta imposible de ser estudiada. Sobre la difícil etapa de transición, el autor afirma "la mayoría de los españoles permanecieron expectantes, pero dejaron hacer. Se sabía que todo era posible menos una nueva guerra civil. Fue así como la llamada transición se operó sin sobresaltos, dando lugar a lo que algunos comentaristas han llamado el segundo milagro español" (p. 334).

A modo de conclusión -y valoración sobre los acontecimientos actuales- Comellas compromete su opinión al referirse a las libertades ganadas, advirtiendo que "hacen un flaco servicio al régimen de libertades quienes afirman que éste es el precio que tenemos que pagar por la democracia. Una democracia rectamente entendida no tiene por qué salir cara, ni impide, sino todo lo contrario, el respeto a los valores morales, a la dignidad humana y al cumplimiento de las leyes. Es preciso aprender que la libertad entraña responsabilidad, y que a los derechos humanos corresponden en estricta justicia los deberes humanos" (p. 342). He aquí el juicio de un historiador comprometido con su tiempo quien, al margen de la veracidad histórica, no vacila en esbozar la crítica de los peligros que el nuevo régimen -en el que vive- entraña.

Quedaría por señalar, en nuestra opinión, la conveniencia de incluir,

en próximas ediciones, una bibliografía básica orientadora.

El libro que acabamos de reseñar -y cuyos matices y estilo pueden vislumbrarse en las citas transcritas- resulta un nuevo aporte importante de José Luis Comellas a la historiografía española contemporánea, a la vez que resulta de gran interés y utilidad para quien desee conocer -y comprender- los aspectos básicos de la España actual. Por todo ello consideramos su lectura más que recomendable.

FLORENCIO HUBEÑÁK

NICOLÁS SÁNCHEZ ALBORNOZ (COMP.), *El destierro español en América, un trasvase cultural*, Madrid, ICI y Quinto Centenario, 1991, 284 pp.

La guerra civil española produjo el exilio de cientos de miles de republicanos, de ellos unas decenas de miles eligieron asilarse en tierras americanas durante cerca de cuarenta años. Entre el 21 y 25 de noviembre de 1989 se celebró en Madrid un simposio internacional, con el título que dio origen a este libro, en conmemoración de los cincuenta años de la llegada a las costas americanas de los primeros barcos que conducían refugiados españoles.

La incorporación de los recién llegados a la vida de los países americanos resultó beneficiosa para ambos y de aquéllos ha partido la iniciativa de la conmemoración, nos informa N. Sánchez Albornoz, y el tema elegido fue el destierro americano y su aportación cultural. Las comunicaciones abarcan la literatura, las artes, el teatro, la música, la renovación de las instituciones educativas y científicas americanas, los aportes a la salud y al derecho, la difusión cultural por medio del libro, la revista o la prensa y finalmente el problema de la continuidad de la cultura española.

El libro presenta un cambio de ángulo, no se sitúa en España sino en América y enfoca el aporte americano de los desterrados. Una de las temáticas que subyace en el libro es el nombre que reciben estos refugiados, exiliados, asilados o "transterrados". Refugiados se consideraron estos españoles durante los primeros años en América, en que su pensamiento se volcaba entero en la ilusión del regreso a su patria, pero a medida que pasaba el tiempo y la situación española se tornaba esquivada para la vuelta, empieza a circular el